

En la hora de la paz

RAFAEL ITURRIAGA NIEVA
EX VICECONSEJERO DE SEGURIDAD

Pocos servicios habrá que, siendo más necesarios, sean menos valorados en la práctica que el de aquel que protege y acompaña a una persona amenazada

El pasado 15 de enero debería ser considerado un día histórico. No creo que ocurra, porque para eso los vascos tendríamos que demostrar una hondura moral y una sensibilidad para con el sufrimiento ajeno de las que, desgraciadamente, no hemos dado mayores muestras hasta ahora. Ese día, el Gobierno vasco retiró el servicio de escolta a un importante número de cargos públicos. Poco importa ahora el dato exacto de las personas que desde ese momento comenzaron a pasearse a cuerpo por las calles de sus pueblos y ciudades. Otras, sin duda, lo hicieron antes y otras ni siquiera entonces habrán podido saborear la libertad común recuperada. Lo importante es que ese día las decisiones relativas a la protección de las personas amenazadas no se hicieron ya de tapadillo, sino anunciándose oficialmente en los medios de comunicación.

¡Qué aberrante y anacrónica resulta la pervivencia entre nosotros del oficio de escolta! Nos será difícil explicar a nuestros nietos la utilidad y la necesidad de semejante empleo. Parecerá mentira que no haya sido hasta bien entrado el siglo XXI cuando hemos podido prescindir de tales servicios.

Un poema de mi compañero Gregorio San Juan enumeraba los viejos oficios, hoy mero recuerdo, del proletariado industrial vizcaíno. Decía: «... son torneros, ajustadores, taladradores, punzoneros, martilladores, fagoneros, mandrinadores, fresadores, maquinistas, remachadores, enganchadores...», etc. Hoy disponemos de nuevas tecnologías y aquellas duras ocupaciones se han perdido para siempre. Sin embargo, un empleo tan innecesario entre seres civilizados como el de escolta –aquél que protege y acompaña a una persona amenazada–, ha sobrevivido hasta el día de hoy, para nuestra vergüenza. Cambian las máquinas, pero no Caín.

Pocos servicios habrá que, siendo más necesarios, sean menos valorados en la práctica. Quien lo recibe, jamás lo hubiera deseado tener, ni tampoco lo paga. Nada le cuesta... nada vale. Simplemente, lo asume como la cruz que debe llevar a cuestas a cambio de su ciudadanía. El precio, en forma de libertad perdida, que ha de asumir por lo que para todos los demás es gratis desde hace más de 35 años.

Quien presta este servicio, lo quiera o no, invade y coarta la intimidad de su cliente. Está ahí como permanente proclama para un entorno hipócrita de la condición de apestado social del amenazado, de molesta diana viviente que desasosiega a los demás, a las buenas gentes de corazón de hielo.

Pero es un servicio humano donde los haya, infinitamente más intenso, por extenso, que el propio sexo mercenario. Cada uno, cliente y escolta, acarreado sus virtudes y miserias, su olor y sus ideas, sus días buenos y malos, sus cambios de humor, hora tras hora. En la oficina y en la calle, en las fiestas familiares y en las puertas de los hospitales. Desde el amanecer laboral hasta el traspasado etílico. Más aún, superando con creces la jornada del escoltado para descansar a veces sólo unas pocas horas, en la triste soledad de una pensión.

Entraña un contacto íntimo que, fruto de la humana condición, ha provocado roces y empatías, odios y amores, confidencias y lecciones, miles de historias, de secretos ocultos, de descubrimientos luminosos.

La paz, como la tecnología, ha de producir cambios sociales, bienvenidos sean. Cambios que, indefectiblemente, habrán de dejar una estela de beneficiarios y de perju-

dicados. Los beneficiarios de la paz, qué duda cabe, somos todos. Los perjudicados, por lo menos en el corto plazo, esos servidores de nuestra seguridad, hoy afortunadamente innecesarios y cuyo destino, en estos momentos de angustiosa crisis económica, aparece más incierto.

Nada podemos, ni quisiéramos, hacer para evitar este verdadero, aunque tardío, avance de la civilización entre los vascos. Demasiadas banderías, demasiadas carlistadas, demasiada tiranía, demasiado terrorismo hemos sufrido. Pero nada sería más injusto que el que ahora, cuando nos toca despedir (ojalá que sea para siempre), a quienes han garantizado nuestra vida con el riesgo de la suya, no les brindemos el agradecimiento y el recuerdo más emocionado. A los ertzainas, policías y guardias civiles que han desempeñado esta tarea, por supuesto. Pero, sobre todo, hoy quisiera rendir tributo a los cientos de escoltas privados que han protegido a los amenazados por ETA, a esos verdaderos proletarios constructores de nuestra libertad. Porque es el suyo un oficio digno de incorporarse a los versos del poeta socialista: «... pulidores, bobinadores, trefiladores, escariadores, laminadores..., escoltas».

ANTÓN

